



Una simple palabra,

que hace temblar hasta el ser más poderoso que habite sobre la tierra, quedando incapaz e inmune. ¡Qué diferencia hay entre vivirlo y contarlo!, ¡qué gran diferencia hay entre lamentarnos y tender la mano!. Por eso lo más importante es que cada cual a su medida participe y coloque su granito de arena para sobreponernos a una situación tan difícil. ¡Qué bonita y gran oportunidad para poder ayudar a quien lo necesita en el momento preciso!

Son estos los momentos difíciles en los que uno como ser enriquece el espíritu y se colma de satisfacción al colocar ese granito de arena llevando fe, esperanza y aliento; una vez más es la Fuerza Aérea Colombiana la que me da esa gran oportunidad con la venia del Todopoderoso, servir de manera desinteresada a través del Comando Aéreo de Transporte Militar, que desde el primer momento del desafortunado movimiento telúrico del 25 de enero de 1999, participa ardua y directamente con todos sus recursos (humano, equipo e instalaciones) sin ahorrar ningún esfuerzo para lograr llevar esa ayuda humanitaria de la manera más rápida y eficaz posible.

TERREMOTO

EL AUTOR DE ESTE ARTICULO ES UN OFICIAL PILOTO DE LA FUERZA AEREA COLOMBIANA, NACIDO EN ARMENIA Y CUYA FAMILIA FUE UNA DE LAS DAMNIFICADAS DEL SINIESTRO DEL EJE CAFETERO

Por • Mayor Hugo Lugo Sánchez
Alumno CEM - 99

Día y noche hombres y mujeres, cada uno en su determinada área (logística, administrativa, infantería o de vuelo) entrega todo de sí, redoblando esfuerzos hasta copar el máximo de su capacidad física, trabajando ordenada y sincronizadamente formando un gran equipo para recibir, clasificar y embarcar en nuestros aviones las provisiones, de acuerdo a las prioridades, en colaboración con los demás organismos del comité de desastres (Presidencia, Cruz Roja, Red de Solidaridad, Defensa Civil, entre otros) tanto nacional como internacional.

Como copiloto de un avión Casa 212, al igual que los demás tripulantes de las diferentes aeronaves, fui un elemento más de ese engranaje, transportando desde Santafé de Bogotá provisiones (medicinas, víveres, líquidos, carpas, colchones, cobijas y otros) para aquellos compatriotas tan necesitados. ¡Qué orgullo y satisfacción sentí de pertenecer a esta gran institución llamada Fuerza Aérea Colombiana!, que me daba la oportunidad de llevar una voz de aliento y tranquilidad, no solamente a mis familiares, sino también a amigos, conocidos y no conocidos, y en general de todos mis paisanos. Fueron muchas las llamadas y visitas que recibí, de aquellos que querían de una forma u otra tener comunicación con sus familiares y hacerles llegar una muestra de apoyo.

Más hermoso y placentero era el regreso desde la ciudad de Armenia hacia Santafé de Bogotá, donde no se transportaba material, sino ese ser valioso, herido y golpeado en lo más profundo de sus entrañas por las fuerzas de la naturaleza, caras conocidas y desconocidas, niños, mujeres, ancianos y adultos, con miradas tristemente infinitas abordaban nuestros aviones conformando los vuelos VIP (pasajeros muy importantes) para posteriormente ser recibidos digna y organizadamente en el aeropuerto de Catam, con ese espíritu abierto de servir de todos aquellos organismos que participaban directa e indirectamente.

Muchos han sido los momentos que me han llenado de orgullo, durante dieciocho años de servicio al país y a esta digna, honorable y gran institución que cobija al hombre colombiano, para unirnos en pro de una noble causa.

Nuevamente doy gracias a Dios, por permitimos ver la luz de un nuevo día y mostrarnos el camino a seguir, estando dispuestos a servir una y mil veces más dentro de nuestra gran Fuerza Aérea Colombiana. •